

Antonio PEIRÓ ARROYO, *Tiempo de industria. Las tierras altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*, CEDDAR, Zaragoza, 2000, 249 pp.

Dos son los debates historiográficos que se entrecruzan, de forma no siempre explícita, en este libro de Antonio Peiró: el primero tiene que ver con la protoindustrialización y el segundo con el grado de autarquía económica de la montaña española en el tramo final del antiguo régimen. La aportación más destacada de la obra se realiza probablemente en el segundo de los temas. El autor nos sitúa en esa tierra de nadie que también en el sentido académico constituye (al menos por el momento) la parte meridional del sistema Ibérico, y muestra la intensidad de las relaciones económicas que las tierras altas turolenses mantenían con otros territorios. En su esquema, la industria textil se encontraba en el centro de estrategias de pluriactividad en función de las cuales se organizaban la producción y el comercio. A través de una avalancha de evidencias microanalíticas, queda clara la participación de las tierras altas en una división espacial del trabajo, corolario de lo cual es la presencia destacada de los mecanismos de mercado en su economía. La base del argumento se centra en la esfera de los bienes y servicios (textiles, cereales, transportes), y no tanto en la de los factores productivos, cuestión en la que esta obra se diferencia de otras visiones que han venido a desmontar el retrato de unas áreas de montaña autárquicas. Pese a lo cual la imagen que queda de esta zona remite en buena medida a esas comunidades dinámicas que la historiografía ya ha trazado con precisión para el norte de España o las sierras riojanas.

El posicionamiento del autor dentro del debate sobre la protoindustrialización es de todos modos más explícito. Peiró deja las conclusiones del libro en boca de Agustín González Enciso y subordina así su análisis local al apoyo de un planteamiento genérico según el cual «*Cuando la industrialización afectó a zonas con recursos agrícolas insuficientes y sin centros urbanos (caso de las zonas montañosas como Cameros), se producirá una desindustrialización que dejará a la zona implicada en una situación agrícola atrasada*». Según Peiró, ése es, sin grandes matices que añadir, el caso de las tierras altas turolenses. Por tanto, este libro, más que aportar elementos para la renovación del estado de la cuestión, ofrece sus resultados locales a la consolidación de una visión preexistente que no entra a cuestionar. Sin embargo, casi veinte años después, dicha visión ha sido objeto de numerosas matizaciones y críticas, por lo que quizá no habría resultado ociosa una mayor densidad bibliográfica en el planteamiento teórico que se nos propone.

Donde sí que se ofrece una interpretación opuesta a la tradicional es en la explicación concreta de por qué se desencadenó la crisis del textil turolense. Frente a la interpretación tradicional, basada en supuestas propensiones psicológicas de fabricantes y grupos oligárquicos, se apuesta como factor clave, aunque no exclusivo, por la crisis de la Hacienda tras la Guerra de Independencia, que habría dejado a la industria sin su único cliente importante y regular. Esto habría impedido la introducción de novedades tecnoló-

gicas, fundamentalmente las nuevas máquinas hidráulicas, cuya presencia a mediados del siglo XIX era bastante episódica. Y por esta vía es por la que creo oportuno realizar algún comentario acerca del empleo de algunos de los términos habituales en el análisis de la protoindustrialización.

El primero de estos términos es precisamente ése, protoindustrialización. Aquí Peiró estructura su análisis a partir de las características definidas en el trabajo pionero de Franklin Mendels, completadas por algunos otros elementos expuestos por Joan Thirsk y, de forma conjunta, por Peter Kriedte, Hans Medick y Jurgen Schlumbohm. Estas características serían la producción para mercados extrarregionales e internacionales, la complementariedad entre la manufactura y la actividad agrícola, la complementariedad entre agricultura comercializada y de subsistencia, la debilidad del sistema feudal, y el control de la producción desde la ciudad. La revisión de estos aspectos lleva al autor a argumentar que «en las Tierras Altas puede hablarse de protoindustrialización, sin que quede ningún margen de duda». Y, desde luego, en comparación con lo habitual en los estudios locales sobre la economía «tradicional» de montaña, esto supone un rigor desgraciadamente (por lo infrecuente) digno de mención. Pero quizá también sea conveniente advertir al lector especializado en el debate sobre la protoindustria que, de forma similar a lo que ocurre en la conclusión con respecto a González Enciso, aquí no se cuestiona (ni se matiza) la validez teórica de la visión de Mendels o los otros autores, ni tampoco se aportan peculiaridades locales que pudieran llevar a tal cuestionamiento (o matización). Además, no todas las características aludidas como constitutivas del concepto de protoindustrialización son analizadas con igual grado de fecundidad. En concreto, el asunto del control de la producción desde la ciudad nos lleva hacia un segundo término clave: la figura del *verlegger*.

Según la obra, en el Albarracín del siglo XVII (y, de manera más tardía, en el partido de Teruel), habrían existido auténticos *verlegger*, pero durante el siglo XVIII habría pasado a ser el Estado quien desempeñara ese papel, con las funestas consecuencias que esto tendría tras la Guerra de Independencia, de acuerdo con lo ya reseñado. Probablemente, lo que se nos quiere transmitir es que la industria textil de las tierras altas turolenses mostró una creciente dependencia de las compras estatales; queda así libre el camino para la interpretación propuesta acerca de su declive. Pero, dejando a un lado la crisis de la hacienda pública, ¿habría realizado este peculiar *verlegger* mejoras tecnológicas, función que el autor atribuye a esta figura y sobre la cual pivota parte de su explicación de la crisis? Probablemente no, porque después de todo el Estado no era en rigor un *verlegger*: ni compraba la materia prima ni organizaba la red de transformación de la misma, simplemente pactaba encargos. Quizá aquí habría resultado interesante conocer más acerca de la forma concreta en que diversos factores mercantiles (tanto por el lado de la oferta como por el de la demanda), tecnológicos e institucionales hicieron que el textil turolense pasara a depender tan estrechamente de las compras estatales. Estos factores nos permitirían comprender por qué se retiraron de escena los *verlegger* «auténticos» sin hacerse cargo, por ejemplo, de la propia demanda estatal. A falta de una explicación para su desaparición, quizá podría pensarse que lo que ocurre es que los *verlegger* (en el sentido estricto del término) nunca estuvieron allí, sin perjuicio de que hubiera fabricación por el sistema de adelantos. Llegados a ese punto, sería difícil sostener la existencia de un auténtico control urbano de la producción y, por tanto, la propia noción de protoindustrialización.

Por otra parte, algunas de las evidencias aportadas (por ejemplo, las que ilustran la dependencia de las compras estatales o la importancia relativa del textil turolense) revisiten un carácter un tanto impresionista, lo cual encuentra su correlato en un enfoque que prima el estudio del conjunto de las tierras altas a lo largo de casi tres siglos por encima de posibles diferenciaciones internas tanto en el plano espacial como en el temporal. Esto, unido a la ausencia de un tratamiento más detallado de algún cabo suelto (como la exportación de lana desde las tierras altas, que es mencionada pero no plenamente insertada en el análisis de la manufactura textil), revela líneas de trabajo que esta obra podría inspirar en el futuro.

De todos modos, y regresando a lo dicho en el inicio, son dos los debates en los que participa esta obra. Algunos de los aspectos recién señalados pueden llevar a algunos lectores a considerar que, a diferencia de lo que propone el autor, sí que existe un cierto margen de duda al respecto de que hubiera protoindustrialización en las tierras altas turolenses. Sin embargo, independientemente de la existencia o no de un auténtico control urbano de la manufactura textil que nos ocupa, lo que parece claro es que, a través de esa manufactura, las tierras altas participaron, ya en la parte final del antiguo régimen, en una división espacial del trabajo. Contribuye así esta obra a mejorar nuestra comprensión de las líneas de especialización productiva seguidas por las distintas zonas de montaña españolas a lo largo de los dos últimos siglos y, por esa vía, mejora también nuestra propia comprensión de fenómenos más recientes como su despoblación y su paulatina desertización demográfica. El libro de Antonio Peiró trata acerca de un grupo de comarcas que ha sentido con especial intensidad dichos fenómenos: en la parte final del antiguo régimen mostraron unos signos de vitalidad que fueron languideciendo al compás de la agonía del marco de reproducción económica que los vio nacer; y, así, del tiempo de industria se pasó al tiempo de la despoblación.

FERNANDO COLLANTES GUTIÉRREZ